

PUDAHUEL, RETRATO DE GRUPO EN DICTADURA (*)

*Tú me preguntas
¿Cómo fue el acoso aquél
que obtuve?*

P. Manns

Tal vez no sea inútil recordar que toda verdad histórica es la crónica resultante de las luchas que han conmovido una sociedad : la “historia oficial” no es otra cosa que una construcción ideal hecha desde el punto de vista de los vencedores. El derecho que se arrogan los poderosos a interpretar nuestro pasado forma parte de los mecanismos de la dominación. De todos los privilegios que poseen los que todo lo poseen éste es, quizás, uno de los más importantes : permite silenciar lo que fue un grito tumultuoso, olvidar sin remordimiento los protagonistas esenciales, reducir a consideraciones mezquinas la voluntad de cambio, ocultar lo que estaba en juego y lo que pudo ser posible. El control de nuestra memoria permite acentuar la resignada fatalidad donde toda tentativa de transformación es y será inútil. Estos simples enunciados pueden servirnos también como advertencia o criterio de lectura para lo que aquí intentaremos contar pues estas líneas se escriben desde la derrota de un proyecto político y social que fue el lazo común, la fuente nutritiva, el fulgor utópico de una generación, la nuestra. A pesar de todo y de todos los que hemos perdido aún nos queda el exigente recurso a la memoria. Poblada de rostros que serán para siempre jóvenes, la obstinada memoria nos impide dar crédito a las mutiladas versiones de la historia reciente. El “fin” de la dictadura —o para ser más precisos, el término de la etapa dictatorial del Estado actual— no fue sólo el resultado de astutas negociaciones y “valientes” contactos entre las cúpulas de los partidos hoy enquistados en el aparato de Estado, tampoco el fruto de una generosa concesión militar, que abandonaron su puesto una vez cumplido su “patriótico deber”. En ambos casos no se trata sino de acuerdos entre “los de arriba”. La lucha popular alcanza, en esta simplificada versión de la historia, el dudoso honor de efímera comparsa, de anecdótica manifestación al servicio de la puesta en escena de la gran reconciliación.

En este contexto no es casual que, exceptuando algunos textos de denuncia de diferentes campañas represivas —el pueblo sólo como víctima— no exista hasta la fecha una historia de la resistencia popular bajo la dictadura. En el amnésico Chile de hoy —amnesia es ausencia de historia propia— los vencedores se han apresurado a tender un velo púdico sobre la vida de las clases subalternas bajo la dictadura y especialmente sobre el excepcional ciclo de insurgencia popular que remeció la dominación entre diciembre de 1982 y septiembre de 1986, desde las primeras “Marchas del Hambre” hasta la fallida tentativa de tiranicidio. Ciertamente la resistencia activa no se limita a estos años: sin la presencia de militantes que salvaguardaron la experiencia de las luchas pasadas, la transmisión del espíritu de rebelión no habría sido posible. Sin embargo durante estos cuatro años tomará forma, bajo el acoso represivo de la dictadura, un proyecto de autonomía radical (de “soberanía”, decíamos entonces) de las clases populares que logrará convocar a amplísimos sectores de la sociedad chilena, proyecto luego desvitalizado por la feroz represión del régimen y por los

acuerdos, en la cumbre, entre los representantes de las clases dirigentes, que ya aspiraban a la continuidad del Estado.

Pudahuel, años 80

En realidad, nuestra memoria es frágil y selectiva. Haría falta un trabajo de reconstrucción colectivo para poner cada pieza del rompecabezas en el lugar justo donde se articulan historia y subjetividad. Así, sin pretender al improbable estatuto de relato objetivo, la historia que queremos contar —apenas un capítulo de la siempre olvidada historia de los abajo— es un fragmento de la experiencia de un grupo de jóvenes que, por caminos diferentes, adquirieron durante aquellos años conciencia de sí mismos ligando su existencia al destino de las luchas populares.

Ella comienza para la mayoría de nosotros en los últimos años de la década del 70. La comuna de Pudahuel se llamaba entonces Barrancas. Abarcaba un inmenso territorio que corresponde a los actuales municipios de Cerro Navia, Lo Prado y Pudahuel. Comuna joven, más del 60% de sus habitantes era menor de 25 años, Barrancas estaba constituida por algunos barrios de una empobrecida “clase media” (obreros y funcionarios con un trabajo más o menos estable) y por amplias zonas nacidas de tomas de terreno y de ocupaciones ilegales que se van desarrollando de manera sostenida desde mediados de la década de los sesenta (habitados por trabajadores temporales, obreros de la construcción, empleados particulares, artesanos, pequeños funcionarios y comerciantes, empleadas, etc.). En Barrancas los espacios urbanizados alternaban con vastas zonas habitadas de autoconstrucción sin agua potable, electricidad o alcantarillado. Salvo las principales avenidas, muy pocas son las calles pavimentadas. La variedad de las formas de habitación se declina en las palabras que la designan : barrio, villa, población, “ciudad-jardín”, conventillo, mejora, callampa, campamento. El crecimiento incontrolado de la comuna genera también una variedad de situaciones de propiedad del territorio urbano. La mayoría de los habitantes de la comuna está aún, a mediados de los setenta, pagando mensualmente la pesada carga de los dividendos por el suelo donde vive o por los servicios de urbanización (ya sea al Estado, a agrupaciones cooperativas o a particulares). A estas formas de ocupación del espacio hay que agregar muchos terrenos baldíos que alguna fueron destinados a áreas verdes, algunos terrenos de cultivo en el perímetro exterior y una inmensa zona militar en pleno centro de la comuna. Pudahuel, bautizada así a fines de los 70, da una impresión de aridez. En verano, los escasos árboles retienen a duras penas los remolinos de polvo que se levantan de los espacios baldíos que en los inviernos se transforman en inmensos barrizales que amenazan con inundar casas y mediaguas. La proximidad del Mapocho provoca cada año dramáticas inundaciones entre quienes habían elegido instalarse en sus orillas, terrenos malsanos que nadie reclama.

Salvo una fábrica de loza que cerraría durante la crisis de 1982, algunos terrenos destinados a la fabricación de ladrillos y una central eléctrica, Pudahuel nunca contó con una actividad industrial propia; era una “comuna dormitorio” : todas las mañanas, desde muy temprano, se agolpan en los paraderos cientos de personas que luchan por salir de su territorio —la locomoción colectiva era pésima— para estudiar o trabajar en Santiago, Cerrillos, o Maipú; mujeres de todas las edades van a servir como empleadas en las casas del Barrio Alto.

Como todas las comunas populares Barrancas fue violentamente agredida después del golpe de Estado. La tónica general de aquellos grises años es la de la

memoria reciente del traumatismo producido por la represión, mantenida por un insidioso Estado de sitio. El miedo es una dimensión omnipresente en todas las esferas de la vida social : lo leemos intacto en los rostros y en las actitudes de la generación de nuestros padres, más golpeada de lo que imaginábamos. El recuerdo de la ocupación militar, de los allanamientos, de los cadáveres en el río, paralizan la palabra y con ella el pensamiento y el testimonio de lo que ese pueblo vivió y sintió en el periodo anterior. Nuestra generación, generación sin maestros, es en parte el producto de esta ruptura en la transmisión de imágenes, valores e ideas que formaron la conciencia de nuestros padres.

Pero no se trata sólo de la represión política, del silencio provocado, de la mentira oportuna, sino también de esa verdadera venganza de clases que significó la primera “recesión” resultado del “tratamiento de choque” impuesto por los expertos monetarios del régimen. Entonces no se hablaba de “neoliberalismo”, modelo experimental que se exportaría veinte años más tarde a escala mundial, sino de una irrisoria “economía social de mercado”. A la cesantía, que alcanzó a más del 35% de la población activa en nuestra comuna, se sumó la dislocación de la familia, el desplome de los servicios del Estado (educación, salud, previsión) y la proliferación de formas de economía llamada “paralela” o informal. Vale la pena recordar que en los “mejores” momentos del modelo económico, cuando el dictador prometía un Chile de “propietarios” sin “proletarios”, utopía del pueblo unificado en torno a un capitalismo “popular” (1980-1981), la cesantía no bajó jamás de un 16%. Y en el caso de la juventud pobladora se mantuvo durante años al rededor del 20%. La vida cotidiana era, para las clases subordinadas, una larga serie de obligadas sumisiones. Cada uno de nosotros había experimentado en su escuela, liceo, lugar de trabajo o familia las formas más devastadoras de la arbitrariedad. Si eras joven estudiante la policía controlaba tu identidad y tu comportamiento (fumar, besarse o caminar por la ciudad en horas de clase era ilícito), estabas obligado a asistir a las ceremonias “cívico-militares” en homenaje a héroes patrios convertidos en nobles predecesores de la dictadura; los choferes, que contaban sus ganancias por boleto cortado, no te paraban o se volvían sordos cuando querías bajarte; en los militarizados liceos la disciplina y el culto a la fuerza eran valores dominantes; profesores e inspectores —a veces miembros de algún servicio de seguridad— te sometían a sus humillantes castigos. Si eras joven y trabajabas tu salario era menor que el de un adulto, los horarios elásticos y la amenaza de perder tu empleo la norma de la obediencia. Si eras joven y estabas cesante ¿cómo encontrar sentido a la vida social o escapar a los dos años de servicio militar obligatorio?

A pesar del empobrecimiento, la comuna seguía creciendo. A fines de los 70, en una ciudad de 3 millones de habitantes, Pudahuel suma más de medio millón. Es habitual que dos o tres familias vivan bajo el mismo techo. Los desechos de la sociedad urbana sirven de material de construcción para viviendas de fortuna. Pronto se comenzará a hablar de “allegados”. Esporádicamente aparecen nuevos campamentos improvisados a lo largo de las principales arterias (San Pablo, Mapocho, Carrascal, o en la nueva carretera que va al aeropuerto...) y a veces, como por milagro, logran mantenerse.

Las primeras formas de reorganización popular se articulan en respuesta a las consecuencias más dramáticas de la agresión económica del régimen. Muchas veces al amparo de la Iglesia católica, único espacio (precario) de circulación de la palabra aún existente, comienzan a organizarse comedores infantiles, grupos de salud y de apoyo escolar. Surgen bolsas de trabajo y grupos de mujeres que se reúnen al margen de las “organizaciones femeninas” oficiales, presididas por la esposa del dictador. Alguna vez será necesario explicar por qué lo esencial de

las organizaciones de pobladores de la comuna estuvieron compuestas por jóvenes y mujeres. Quizás la cesantía quebrantó durablemente la razón de ser y la posición social — y con ellas la dignidad— de los hombres.

En la zona oeste del arzobispado de Santiago (Pudahuel, Maipú, Las Rejas...) se concentró una parte de los sacerdotes y religiosas que durante el periodo anterior formaron parte de los sectores más politizados del catolicismo. Su presencia otorga dinamismo y legitimidad a las nuevas organizaciones con las cuales, siguiendo una orientación pastoral tradicional, la Iglesia intenta reproducir en su seno una forma alternativa de sociedad civil. Así, a paso de hormiga, molecularmente, reuniones, “peñas”, actos, encuentros culturales y de acción solidaria irán permitiendo la lenta emergencia de un heterogéneo colectivo de oposición social en busca de orientación política.

Los caminos de nuestra formación

En el seno de estas organizaciones una nueva generación de jóvenes inquietos comenzamos a tomar conciencia de nuestra historia reciente. La mayoría somos estudiantes de secundaria, algunos —muy pocos— estudiamos en la universidad, otros comenzábamos nuestra experiencia en el mundo del trabajo. ¿Edades? Entre quince y veinte, poco más, poco menos. Ahí encontramos por primera vez, entre muchos otros, a Lucho Díaz.

Nuestra educación se fue forjando al calor de la discusión de los hechos de la vida social y política en comunidades cristianas o en grupos solidarios, siempre con el telón de fondo de la precariedad económica y la amenaza represiva. Como decíamos, la ruptura con la memoria histórica de las luchas pasadas había sido brutal, pero en aquél momento no teníamos conciencia de la profundidad de ese corte. Nuestra aprehensión del mundo no podía ser sino pobre e incompleta, hecha de fragmentos de lo que alcanzábamos a comprender de nuestra sociedad y de sus procesos. Algunos de nuestros padres habían militado en sindicatos o partidos, pero de ello se hablaba raramente. Circulaban entre nosotros el Boletín de la Vicaría de la Solidaridad, a veces de algunas revistas de oposición (Hoy o Mensaje, en las que aprendimos a leer entre líneas (más tarde serían Análisis o el boletín del CODEPU). Escuchábamos algunos programas de información o de música latinoamericana en Radio Chilena, reemplazada luego por Cooperativa. Eran pequeños balones de oxígeno en medio de una información uniformada y de una televisión idiotizante.

Nos apasionaba saber lo que había pasado “antes” de que la dictadura destruyera la alegría de la gente. “Antes” coincidía con los nombres de Allende, de Unidad Popular; de cierta manera ese “antes” tomaba la forma imaginaria, en nuestro severo juicio, de una gran fiesta, es decir de un despilfarro, de una ocasión perdida. Encontrábamos un eco distante de aquel mítico “antes” en las canciones de aquella época. Nos procurábamos discos y cassettes de principios de los 70 y compartíamos como un tesoro toda novedad llegada, nadie sabe cómo, desde Europa. No es extraño que cuando algunos quisimos dar vida a formas de expresión musical nuestros modelos se impusieran casi naturalmente, tomando el tono, los ritmos y las temáticas de los grandes exiliados. Algo parecido ocurriría con las artes plásticas cuando algunos de nosotros pasamos del rayado al mural artístico a mediados de los 80. De manera general, la reiteración de los símbolos de aquel periodo mítico hubieran dado la impresión de una especie de repetición, a diez años de distancia, de los conflictos que sacudieron la sociedad chilena. Eran, en realidad, indicadores de nuestra dificultad a crear y renovar una cultura de resistencia articulada a los desafíos de la nueva época. También fuimos los primeros en recibir y extender el choc

estético y vital que nos produjeron las canciones de la Nueva Trova. Intentando reproducir el virtuosismo de las guitarras o copiando y recopiando cassettes, nos identificábamos como un desafío de sobrevivientes : los que podían sonreír “en medio de la muerte/ y en plena luz” éramos sin duda nosotros.

Es significativo que el Luis artista que conocimos entonces estuviera alejado de esos modelos. Su música sincopada estaba más cerca de rock, del jazz o de la bossa-nova, poco apreciados por nuestra incultura de entonces : las músicas importadas eran implacablemente consideradas “alienantes”. Sus melodías jugaban con la distorsión armónica, sus textos, contruidos con gran economía de medios, estaban habitados por la urgencia. Quizás otros hablen de ello, pero ya en aquella época Luis afirmaba una porfiada, callada y tensa diferencia.

En este complejo recorrido generacional, para algunos la mejor escuela serán los días de cárcel o los meses de relegación después de alguna dura detención en manifestaciones callejeras. Otros tal vez comprenderán su compromiso discutiendo la “opción preferencial por los pobres” confirmada por la Conferencia de obispos latinoamericanos en Puebla (enero de 1979). Para otros, se tratará de una lenta maduración para superar la reacción emotiva ante el sufrimiento y tejer paralelamente lucidez y voluntad de transformación.

Sin embargo, se mueve

En enero de 1978 la ONU condena la dictadura la cual responde organizando un “plebiscito” contra la “intervención extranjera”. Aquella fue la primera ocasión en que grupos de jóvenes politizados se organizan en los barrios de manera espontánea para explicar la importancia de manifestarse contra la dictadura. El 8 de marzo del mismo año se convoca a la primera manifestación masiva en el centro de Santiago y dos meses más tarde (mayo) la huelga de hambre de los Familiares de Detenidos-Desaparecidos moviliza toda esta incipiente red de organizaciones solidarias donde se había concentrado la mayoría de la militancia activa. El movimiento cultural universitario da vida a sus primeras manifestaciones masivas (y lo paga con expulsiones de alumnos y profesores) y la clase obrera, ese mítico sujeto de la historia, emprende sus primeras manifestaciones de huelga, hasta entonces impensables (1979 : El Teniente y Huachipato en el cobre y en 1980 la textil Panal en Santiago). A mediados del 79 la dictadura retoma el camino de la represión disolviendo las centrales sindicales e imponiendo esa obra maestra de la nueva “institucionalidad”, el Plan Laboral. La nueva legislación laboral, en gran medida aún vigente, sancionaba el poder aplastante del capital sobre el trabajo.

En realidad la dictadura responde buscando una forma que proyecte el régimen político y el modelo de acumulación hasta fin de siglo (la Constitución que se presenta entonces al país preveía la continuidad de Pinochet en el poder, en una especie de dictadura legal, hasta fines de 1997). En medio de las privatizaciones a paso forzado de los servicios del Estado —educación superior, salud, y previsión social— la dictadura se lanza en una campaña unívoca por una Constitución de “democracia protegida”.

En el corto periodo que va del segundo semestre del 79 a principios del 80 tres eventos mayores dejarán su marca sobre nuestra visión de mundo. En julio de 1979 un grupo de insurgentes nicaraguenses que se llaman a sí mismos “sandinistas” derrocan por la vía de las armas una de las más viejas dictaduras militares pro-norteamericanas del continente. Celebramos la caída de Somoza y el triunfo del FSLN como propio. Más tarde llegarían los vídeos, los testimonios, los

libros y el impacto de la revolución nicaraguense alcanzaría para nuestra generación un grado similar al que tuvo la revolución cubana para generaciones anteriores. En contraste con esa alegría de importación, pocos meses más tarde, son sucesivamente descubiertos 3 sitios con los restos de masacres ocurridas en los meses inmediatos al golpe de Estado : en los hornos de cal de la comuna campesina de Lonquén aparecen los restos de 15 detenidos-desaparecidos (septiembre de 1979), 19 osamentas serán descubiertas en una fosa de la localidad de Yumbel, Laja (octubre) y el Arzobispado de Santiago denuncia el entierro ilegal de más de 300 cadáveres en el Patio 29 del Cementerio General (noviembre). Más tarde se sabría que su número era mucho mayor : en una misma fosa, bajo la sigla anónima “NN”, yacían los restos de varios cuerpos mutilados. La frase del general-senador-vitalicio al enterarse del caso, poco antes de su arresto en Londres —“¡Qué buen sentido de la economía!”—, nos ahorra todo comentario sobre la naturaleza de la democracia chilena. En todo caso en el Santiago de fines del 79 la indignación se transformó en manifestación callejera cuando en lugar de devolver los restos de los campesinos de Lonquén a sus familiares, que los esperaban para velarlos en la Catedral, éstos fueron arrojados en desorden en una fosa común y enterrados a escondidas en el cementerio local de otra comuna.

El tercer hecho irrumpe durante los primeros meses de la inaugurada década de los ochenta. Durante varias semanas se suceden apagones de luz, asaltos simultáneos a bancos y ataques a centros operativos y a agentes de la represión. Por primera vez vemos los cuerpos represivos perder algo de su prepotencia. Por primera vez en siete largos años de dictadura una fracción de la izquierda decide dejar de ser pasto del terror y tomar la iniciativa en el terreno mismo de los militares. En un país de marcada ideología jurídica donde hasta para rebelarse hay que seguir las normas, la inaudita actividad del MIR sacude el paisaje político y precipita la discusión en todo el movimiento popular en formación. Autorizarse a emplear la violencia por parte de quienes han sido siempre sus víctimas genera temor y hasta escándalo. Se trataba de una verdadera torsión en la manera de pensar la lucha, más allá de toda consideración sobre la oportunidad de esta nueva forma de enfrentarse a la dictadura. El debate, silencioso y áspero, sobre los grados y la legitimidad de la violencia estará desde entonces presente como telón de fondo en todas nuestras discusiones. Las posiciones que tomamos entonces nos darán un avance considerable cuando, tres años más tarde, el problema se planteará a todo el movimiento popular.

El horizonte de los ochenta : radicalización y rupturas

Hoy es necesario un esfuerzo de la imaginación para aproximarse al estado de espíritu que todos estos hechos, concentrados en menos de un año, pudieron tener en nuestras futuras decisiones. Las cosas se aceleraban, sin duda. Nuestra aprehensión intuitiva del momento nos indicaba que nos acercábamos a una zona de rupturas, ruptura con las instituciones en las que nos habíamos formado y ruptura con nuestras propias concepciones, pues la seriedad de la muerte había recordado bruscamente su presencia.

Si hubiéramos sido jóvenes de los sectores más acomodados seguramente los hechos anteriores hubieran representado un carácter menos dramático. Pero éramos jóvenes pobladores, conocíamos el desprecio de las clases dominantes; ahora sabíamos o comenzábamos a saber la verdad sobre la violencia del Estado. Ahora sabíamos, o creíamos saber, que también era posible responder. Además el suelo se movía bajo nuestros pies, sentíamos crecer la indignación, éramos los vectores y el producto de un sordo descontento que se manifestaba de múltiples

maneras. Todo parecía indicarnos que entrábamos en un momento donde nuestro compromiso no podría eludir la cuestión de la confrontación violenta la que, en su forma más brutal, significaba aceptar la muerte como parte de la lucha, la del enemigo y también la propia. Resistimos un buen tiempo a esta perspectiva. Como buenos cristianos pensábamos primero en la propia. Pero al mismo tiempo experimentábamos en nosotros mismos todos los impulsos y motivos que se conjugaban en ese momento, empujándonos a nuevas definiciones. La violencia, pensábamos, no puede ser la misma si viene del opresor o del oprimido. Cada vez se nos hacía más insoportable el dolorismo y la resignación de la tradición cristiana que había impregnado, también, a sectores de la izquierda, donde morir como víctima (inocente) está bien, eres digno de misa y conmiseración, pero no se te ocurra resistir ni menos morir peleando, entonces perderás tu estatus de buena víctima (y de inocencia). Tres años más tarde este estado de ánimo, entonces compartido por un pequeño núcleo politizado, se había transformado casi en sentido común para muchos pobladores del cinturón de miseria que rodeaba Santiago. Un poblador de la Victoria, sacando las conclusiones de las protesta de agosto de 1983 —50 muertos—, diría “claro que arriesgamos a perder la vida, pero nada más”. Durante las jornadas que organizó la Iglesia en 1984 “por una cultura de la vida” (contra las masacres que ejército y policía perpetraban regularmente en las comunas populares) uno de nosotros condensó en seis palabras el punto de llegada de nuestra ética (es decir de nuestra forma de vivir) pintando un enorme lienzo en nombre de la Coordinadora de Pobladores: “Por la Vida hasta la Muerte”. Por razones similares rechazábamos la “no-violencia” como el único camino posible. Quien no comprenda que detrás de estas afirmaciones tajantes o dramáticas había una afirmación esperanzada de la vida no podrá comprender nada de la suma de sentimientos ni de la fuerza que entonces nos empujaba. Pero no nos apresuremos.

Verano del 80.

Reunión anual de las comunidades cristianas juveniles de la zona sur de Pudahuel, territorio que va de Las Rejas a la últimas poblaciones del oeste, antes de entroncar con la carretera del aeropuerto. Vasto espacio vertebrado por la avenida San Pablo. Somos unos 50 dirigentes buscando a tientas la fórmula que nos permita ampliar nuestra capacidad de influencia y de denuncia, sin romper necesariamente con la Iglesia, pero sin buscar tampoco ninguna forma de proselitismo religioso, lo que significó en la práctica la crisis de la pastoral juvenil. En cinco años de actividades comunes (1976-1980) habíamos decantado una crítica moral del sistema capitalista cuya centralidad había modificado nuestra manera de entender el cristianismo. Ya no lo identificábamos a una forma institucional (la Iglesia), ni siquiera a la necesidad de explicitar una fe. Por la vía de nuestra confrontación a lo político redescubríamos solos (y contra nuestros asesores) las ideas de algunos célebres protestantes que resistieron al nazismo : un cristianismo no confesional, “anónimo”, que asume el riesgo del mundo porque para los hombres allí se juega todo. Pero entonces no lo sabíamos y los que debían saberlo se callaban. Tampoco teníamos conciencia de que el catolicismo ha sido en su larga historia una religión de orden y de sumisión a la autoridad. La capacidad de la Iglesia para nutrirse de sus disidencias, absorberlas, dorarse de su prestigio y luego vaciarlas de contenido se demostrará una vez más en la facilidad con la que el papa polaco y la poderosa burocracia romana dislocarán el movimiento de la teología de la liberación. Imperceptiblemente primero, a través de pequeños deslizamientos, la Iglesia del continente volvía a su rol y discurso tradicionales : consuelo, resignación y amenaza. En el curso de los primeros años de la década, Wojtila promueve un

proyecto de restauración conservadora de alcance universal, Ratzinger condena, López-Trujillo organiza la reacción, Obando excomulga —mientras el Vaticano, en nombre de un anticomunismo visceral, negocia con Reagan el acoso a la revolución sandinista; en Chile, Sodano, hombre de Wojtila y amigo personal del dictador, controla el clero nacional, promueve las figuras más conservadoras de la jerarquía y el reclutamiento de profesionales y empresarios para el Opus Dei. Más tarde Francisco Fresno, autoritario con la gente y dócil con la dictadura, reemplazará la intransigencia moral de Silva Henríquez en la búsqueda de compromisos políticos (“Dios ha escuchado nuestras plegarias” dijo la primera dama, al conocer la designación del insípido eclesiástico a la dignidad de arzobispo, el menos dotado de una brillante conferencia episcopal). Pero al alba de los ochenta tampoco sabíamos nada de ello y los que debían saberlo se callaron.

Nuestro cristianismo corresponde a los últimos años de ese “intermezzo” excepcional que va de Medellín a Nicaragua, de los cristianos por el socialismo a Mons. Romero. El problema, para los religiosos que nos encuadraban entonces, es que la crítica ética de un sistema “intrínsecamente perverso” pedía a gritos una concreción política que la institución no podía ofrecer. Al contrario, multiplicaba los frenos en un equilibrista doble discurso. En realidad la suerte de la vieja Iglesia, cargada de contradicciones, nos importaba menos que la urgencia de actuar : lo esencial, lo habíamos aprendido, no era la defensa de la institución sino la vida de los pobres. Entre “clericales” y “políticos” se repitió la misma ruptura que ya habían vivido tantos otros movimientos de inspiración cristiana en el continente. Quizás nos sorprendió a nosotros mismos el carácter inesperado y tajante del debate.

En una atmósfera de confrontación creciente alguno de nosotros, ¿Jorge, Juan, Carlos, Roberto, Marisol, Elio?, tuvo la idea genial de servirnos de nuestro anclaje territorial para formar un movimiento juvenil, independiente de la Iglesia, de amplia convocatoria para hacer presentes las reivindicaciones de los jóvenes de la comuna. Aplausos. Lo bautizamos Coordinadora Juvenil Popular, CJP. De manera imprecisa sabíamos que habíamos comenzado una andadura “adulta”, un camino que no sabíamos dónde nos podía llevar.

Concebido como un vector de opinión y de acción común según los criterios que nos dictara la coyuntura, el CJP, para desespero de los eclesiásticos que nos formaron, captó los dirigentes más experimentados y activos que lentamente abandonaron el ámbito pastoral. Ahora bien, simultáneamente algunos de nosotros decidimos organizarnos como red clandestina en vistas a tareas que no podían ser asumidas públicamente, por ejemplo panfleteos o rayados. Se trataba de reunir sólo a los núcleos politizados más seguros. Fue la primera coordinación de “comités de resistencia” de la comuna. Cinco o seis amigos coordinaban un número semejante de pequeños grupos. No recuerdo el mes preciso, (¿marzo o abril?) pero fue durante el primer semestre del 80, entre la campaña por la nueva Constitución y las primeras acciones de “propaganda armada” que algunos de nosotros, después de realizar algunas pequeñas acciones conspirativas, tomarían contacto con militantes del MIR.

Una izquierda replegada

Durante los años precedentes alguna vez había llegado a nuestras manos tal publicación clandestina con la que aprendíamos que, en el subsuelo de la sociedad, se agitaba un mundo de organizaciones que intentaban evaluar el

proceso, educar a la crítica o pensar la coyuntura orientando las posibilidades de acción en aquellas condiciones. Pero la izquierda local era débil. Pudahuel no alcanzó a consolidar un grupo de cuadros políticos que dieran continuidad a la presencia de una izquierda orgánica, lo que diferenciaba la comuna de la situación de las poblaciones de las zonas sur u oriente de Santiago. Sin embargo tanto comunistas (los más) como socialistas (dispersos en pequeños núcleos) poseían una cultura política que les permitía sobrevivir sin lazos orgánicos. La “identidad” comunista o socialista no requiere de la presencia de una dirección ni de una estructura partidaria strictu sensu. No se trata, claro, de un “instinto de clase” sino de la cristalización de una larga historia de luchas que produce imágenes, experiencias, valores, conceptos, criterios, a veces hasta una estética que se articulan en una visión de mundo coherente cuya memoria permite a los militantes ubicarse en el presente, resistiendo a la disgregación. Pero entonces nos era difícil valorar positivamente esa visión de mundo, por lo demás perfectamente articulada con otros componentes de la contradictoria cultura popular hecha de sentido de la fiesta y de autoritarismo; de anticlericalismo y religiosidad; de culto a la astucia y a la máscara y de admiración por la palabra clara; de solidaridad y machismo; de reverencia ante los “viejos” y de desconfianza ante lo nuevo o lo imprevisto. Una izquierda que vive o sobrevive incorporada a los círculos de sociabilidad de la amistad o de los lazos de familia, pero no como organización para la lucha.

Existen entonces algunos reducidos grupos, algunas personalidades, algunos ex-sindicalistas, otros ex-dirigentes poblacionales a los que identificamos como comunistas (o socialistas) y que, para nosotros, son la voz autorizada de aquella izquierda. Pero se trata de una izquierda estancada en una interminable y acrítica vuelta al pasado, rasgo propio —así lo entenderíamos más tarde— de todo traumatismo. Una izquierda en duelo, dolorida, y (con excepciones generosas) a la defensiva. Quizás por esa misma razón, fascinada por la actividad de “los curas”, sin ánimo ni perspectivas de una acción independiente. Dicho sea de paso, es quizás por ello que nunca pudimos considerar de manera seria a la Izquierda Cristiana, que hubiera sido nuestra desembocadura política “natural”. La IC —un simpático grupo de amigos— nos parecía tan replegada que se había vuelto un affaire interno de la Iglesia, de aquella institución cuyas fronteras nos aparecía cada vez más urgente transgredir.

Ahora bien, de manera confusa, pero cada vez más consciente de sí, nuestra generación ya vehiculaba una crítica de las formas de hacer política de esta “vieja” izquierda. Paternalismo, verticalismo, dogmatismo, sectarismo, ausencia de debate nos parecían tópicos de las organizaciones populares. No en balde éramos militantes sociales y ya comprendíamos las consecuencias organizativas que tenía cada manera de plantear el qué hacer. Nuestras preguntas, y nuestra crítica, giraba en torno a la cuestión de la relación entre el tipo de organización y el tipo de política que ésta podía desarrollar, por ejemplo : ¿qué se puede esperar de organizaciones que durante décadas vivieron del prestigio de dar satisfacción, a través del Estado, a una disciplinada clientela electoral? ¿Que nunca se plantearon luchar contra el Estado? La dictadura, pensábamos, nos revelaba la verdad de la relación entre las clases y papel del Estado en esa relación. Los hechos nos revelaban no sólo la verdad de la violencia del Estado sino también la violencia como verdad última de la política. Esto último era un evidencia de base, un postulado que había que asimilar antes de cualquier compromiso serio. Así, plantearse nuevamente ocupar a pedacitos el aparato de Estado hasta coparlo enteramente a través de un largo proceso de elecciones — posiciones de la vieja izquierda— nos parecía no sólo una fantasía que había costado ya muy caro, sino una peligrosa mentira.

Pero por sobre todo esperábamos de esta izquierda la autocrítica de lo que condujo a la tragedia de 1973 y no la encontrábamos en ninguna parte. Escuchábamos a viejos militantes del PC recitar la litania de la “culpa” de la extrema izquierda (No me diga, ¿quizás hasta el 11 de setiembre la burguesía no existía, ni el imperio, ni los oficiales adiestrados en Fort Gullick, quizás todo eso apareció así de repente?). También los escuchábamos lamentarse de la “traición” de la Democracia Cristiana (Mira tú, ¿desde cuando la DC era una organización defensora de los intereses populares? En nuestro medio designábamos la DC, con ironía, como el “pecado original”). Ni una ni otra explicación nos parecían satisfactorias, sino más bien una demostración patente y piadosa de incapacidad para criticar el pasado. Pero entonces, ¿Quién podría explicarnos las razones de la derrota? ¿Qué rol habían jugado los partidos populares en ella?, ¿Porqué haber mentido a la gente orientándola a la “producción”, como si el problema del poder (otra vez, la cuestión del Estado) hubiera sido ya resuelto? ¿Porqué haber difundido la imagen de un “ejército profesional” y “apolítico”? ¿Cómo no haber previsto la inevitable confrontación con el aparato armado del Estado? Con tales errores a sus espaldas, ¿cómo tenerle confianza?

Cabe preguntarse ¿porqué esta insistencia en el Estado? Quizás porque en torno a este concepto se anudaban muchos de nuestros “malos entendidos”. Entendámonos : somos jóvenes llegando a cierta madurez reflexiva a fines de los 70. Del Estado sólo conocimos su “mano derecha”, como dice un sociólogo francés: toque de queda, policía omnipresente, servicio militar, tratos vejatorios, represión. De su “mano izquierda” conocimos una educación degradada, una protección social inexistente, servicios de salud privatizados y humillantes pensiones por una vida de trabajo para nuestros padres u abuelos. Es decir sólo conocimos el Estado como instrumento de coerción y no como el resultado de diversos proyectos de construcción de una hegemonía. Ya sea como producto de lecturas asistemáticas o la difusión de un vulgarizado “marxismo” —la verdad, nunca leímos seriamente los clásicos— entre jóvenes cristianos radicalizados, la pregunta sobre el cómo dominan los que nos dominan nos llevaba necesariamente a plantearnos la cuestión del Estado (es decir las cuestiones de su historia, de su características, de su funcionamiento y de su derrota) y a plantearla como el problema esencial de la política. Ya en ese momento lo considerábamos así, no es un espejismo a posteriori. Y no es extraño que así lo fuese, en ese momento las juventudes cristianas tienen más peso, mejor conocimiento de la realidad —y porqué no decirlo— una lucidez mayor que todos los militantes de izquierda dispersos en la zona. Tampoco me parece exagerado decir que una crítica a la izquierda tradicional (informulada e insegura de sus propios términos) dio a luz en aquél último cuarto de los 70, aunque sus consecuencias fueran visibles sólo a principios de los ochenta. Estas interrogantes —que de cierta manera son ya respuestas— nos alejaban desconfiados de aquella izquierda, es decir, en cierto modo, de la trayectoria fracasada de nuestros padres.

Sumemos a todo ello aquel severo juicio que hacíamos de la derrota de la Unidad Popular del que ya hablamos pues nosotros éramos las víctimas de ese fracaso. Además, en esos germinales ochenta ya sabíamos que los manuales soviéticos eran indigestos; que la realidad del Este europeo dejaba mucho que desear; que el PC combatió a Fidel sectariamente, que a Corvalán lo encontraron debajo de la cama y sin “caballo de Troya” para defenderlo; que entre burócrata y revolucionario media un mundo; que Miguel murió con las armas en la mano; que Benedetti y Roque Dalton, al igual que Silvio, Manns o Viglietti nos hablaban de nosotros mejor y más profundamente que el sacro santo Neruda, que el Che y Camilo eran de los nuestros, que los sandinistas admitían la colaboración

estratégica de los cristianos, que los colores revolucionarios en América Latina, hasta prueba de lo contrario, eran el rojo y el negro. Como puede apreciarse nuestro incipiente “sectarismo” no dejaba de tener motivos serios. Es con este bagaje de cultura política en proceso de asimilación que nos acercamos al MIR y a la Resistencia. Lo más interesante sería, hoy en día, interrogar la afinidad electiva entre un grupo de cristianos radicalizados y una manera radical de concebir la política. ¿Cómo y por qué se produjo este encuentro?, ¿Qué lo hizo posible?, ¿Qué elementos de la situación local traducían esta conjunción?

Encuentros y desencuentros

La sorpresa fue mutua. La propaganda del régimen nos había habituado, cada vez que adjetivaba la acción de la izquierda, al retrato de criminales patológicos, sedientos de sangre y de venganza. “Comunista”, “marxista”, “terrorista” o “violentista” eran formas sinónimas de una misma biología maléfica. Los dos hombres jóvenes, de sólo algunos años nuestros mayores, no parecían coincidir en nada con esas siniestras imágenes. De aspecto formal y de hablar calmo. Pelo corto, vestimenta cuidada, apariencia de profesionales o universitarios. Escucha paciente y discurso que busca la palabra justa para un primer contacto. Breve análisis de la “situación política nacional” (cosa nueva para nosotros : justificar toda acción a través de un análisis racional de las tendencias que operan en la sociedad), según la cual se abría un nuevo período en la confrontación de clases caracterizado por una “actividad creciente del movimiento de masas”. Este exigía pasar a grados superiores de organización y enfrentamiento, basados en una táctica “ofensiva”, tendente a romper los límites legales que imponía la nueva institucionalidad. Para ellos nosotros mismos éramos la prueba de lo bien fundada de la idea de la Resistencia Popular, puesto que los “elementos avanzados del movimiento de masas” (nosotros) tendían espontáneamente a organizarse como “vanguardia política” para combatir el régimen. El objetivo era “acumular fuerzas” —puesto que el arte de la revolución es el arte de sumar— en el terreno abierto (masas), clandestino (político) y político-militar, tres formas de intervención necesariamente coordinadas en un cuadro estratégico de “guerra popular”. Que en esta etapa era necesario acentuar la “AGP (?)”, en especial la actividad de “propaganda armada” que pueda entregar un norte visible al “movimiento de masas”. Proposición inmediata : participar como grupo distractivo en la próxima actuación de la fuerza militar. Dudas y a la vez fascinación en nuestra coordinación. A la vez, preguntas : cuántos somos, qué forma de organización tenemos, cómo estamos “compartimentados(?)”, ¿Y entre Uds., se conocen?, ¿todos? Sorpresa. ¿Y qué “medidas de seguridad(?)” empleamos? ¿Y qué es eso del CJP?, ¿Un “frente de masas”? Miradas incrédulas. Todo lo cual parecía ser más bien preocupante que entusiasmante. Nuevo contacto previsto. ¿En una Iglesia? Miradas. No. En una casa de seguridad, establecemos un “punto(?)” con sólo uno de nosotros para hacer un “chequeo previo(?)”. Ellos llegan después de que la coordinación esté reunida. Mejor la misma gente. Evitar encuentros innecesarios. Necesidad de adoptar una “chapa(?)”, un nombre político”. Ah, pero es que nos conocemos todos, “pero nosotros no”, responden. Proposición de campaña de panfleteo con un “plan operativo” de la acción. Extraño vocabulario, que de pronto nos integra en una historia de conspiración. Pero cada concepto, cada proposición nos abren un horizonte de posibilidades desconocidas.

No estuve presente en esas primeras reuniones, reproduzco su contenido a partir del recuerdo de lo que entonces me contaron, del impacto de haber conocido a “profesionales” (de hecho habían calificado nuestro trabajo anterior de “artesano”). Pero el solo hecho de acordarse de esta circunstancia es significativo

de la intensidad con la que entonces vivíamos esta búsqueda que resultó un encuentro.

En algo de dos meses, y a pesar de las reticencias de algunos de nosotros, la mayoría se pronuncia por seguir la conducción ofrecida por el MIR.

El MIR. En el periodo anterior su presencia había sido escasa en la comuna. Quedaba de ella un recuerdo teñido de admiración por su actividad en los primeros meses después del golpe. Después muy poco o casi nada, la organización de los primeros actos solidarios, la constitución de una célula rota por la represión y poco más. La presencia mirista, a diferencia de la comunista o socialista, requiere una orgánica rigurosa, formas conspirativas disciplinadas. Un aparato eficaz en lo interno y la necesidad de probar, en la práctica, la validez de sus tesis. El MIR, por convicción y estrategia, está condenado a la acción “rupturista”, aunque esta palabra entrará sólo más tarde en nuestro léxico.

En aquel primer semestre del 80 las prioridades del partido son las de “ordenar el chungo”, decía Tomás (su “nombre” fue lo único que supimos de él). Lo que en su espíritu quería decir dar una estructura coherente a nuestras “artesanales” organizaciones. Y poner la maquinaria en movimiento. Aquí la historia deja de ser común, la distribución de tareas exigió separarnos. Unos pasaron al aparato “político”; otros desaparecieron de circulación —algunos amigos no los volvería a ver sino diez años después. Una extraña sensación de soledad en los que quedamos en el “frente abierto” del CJP.

Montados en la movilización contra la Constitución se realizaron varios mítines relámpagos, reparticiones de cartillas a la salida de liceos y en las ferias y mercados de la zona. El frente clandestino también se movía : durante el 80 los muros más visibles de la comuna se fueron cubriendo de misteriosas R, a veces de “MIR”. Todos nosotros participamos en la confección y repartición de panfletos, en cubrir con pintura (e incluso incendiar) los enormes afiches oficiales con el rostro sonriente del dictador. Algunos artefactos destinados a producir ruido se dejaron cerca de edificios oficiales o al lado de las casas de representantes notorios de la dictadura (pocas veces funcionaron). Cortes de calle con neumáticos encendidos, piedras, clavos y panfletos se realizarán en varios puntos de la comuna. Los clandestinos identificaban los agentes de la represión y a los sapos de algunas poblaciones se les comenzó a informar que la “R” los tenía bajo control.

El 1ero. de Mayo de ese año el CJP invitó a un exitoso acto para festejar el día de los trabajadores, ocupando por primera vez el espacio público con la convocatoria de una organización “laica”. Si mal no recuerdo, en aquella oportunidad escuché cantar por primera vez a Luis, miembro de un grupo de jóvenes del sector norte de la comuna.

Si pudiera retener dos actitudes que condensen este momento sería la del entusiasmo y la de la febrilidad. Si el primero daría paso a formas más racionales de aprehensión y de juicio sobre nuestra realidad, la febrilidad y el culto a la actividad no nos habrían abandonado nunca. Militar era cambiar de ritmo y de intensidad de vida. Desde el comienzo, casi como definición de la vanguardia, se tratará de “probar” ante un presupuesto “movimiento de masas” —extraño y omnipresente sujeto investido de un doble rol de observador y actor, juez y parte— la justeza del accionar. Entrar en militancia era entrar en un mundo de seriedad y de responsabilidad extremas: en cada acción o campaña estaba puesta toda la fuerza acumulada, todas las energías, como si en cada ocasión se jugara el destino global de la lucha o de la revolución. En la medida que nuestra

actividad planteaba problemas inéditos para nuestra cultura organizativa, todo ocurría como si lo que habíamos aprendido en años de vida social quedara súbitamente obsoleto. El lenguaje militante traía consigo una concepción distinta de lo político. Ésta provocó un pasaje complejo y doloroso desde nuestra concepción fuertemente asamblearia y democrática a otra conspirativa y dirigista. Debimos repensar en todos los planos nuestra visión de la intervención política. Por ejemplo la cuestión (que no se dejaba reducir a la unilateral relación “vanguardia/masas”) de la relación entre la conducción clandestina (esencial) y la vida democrática (también esencial) de las organizaciones populares abiertas. O la de la relación entre un “frente político” amplio (la Resistencia) y la dirección del partido. O la de la construcción de “alianzas” con otros grupos o partidos, etc. Si bien poco a poco comprendimos la necesidad de una conducción de acuerdo a una estrategia global, en la concepción de una vanguardia única, en nuestros métodos de reclutamiento, de organización o de convencimiento fuimos doctrinarios y voluntaristas. No se trataba sólo del entusiasmo neófito de aquel que siente por fin estar participando en un proyecto del tamaño de su esperanza. Repetidas veces nos vimos a nosotros mismos actuar con la misma intransigencia, con idéntica dureza o con igual certitud absoluta que las que penas unos meses antes criticábamos en el resto de la izquierda. Nadie escapa a su tiempo histórico, es decir, en nuestro caso, a las determinantes culturales que intervenían casi inconcientemente en nuestra actitud toda vez que nos obligábamos a forzar una situación o a imponer una voluntad. Inevitablemente, también fue éste un tiempo de rupturas personales y políticas, de súbitas y sólidas enemistades, sobre todo con los amigos que más tarde decidirían acercarse a la izquierda que había sido el objeto de nuestra crítica. Dejando de lado la mala fe o el miedo, que sin duda existieron, nuestra intransigencia fue la responsable de la mayoría de estos fracasos políticos.

La falta crónica de militantes formados, que pensábamos como una deficiencia pasajera y resultó ser la norma, imposibilitaba una relación “directa” con todas las personas o grupos donde podíamos encontrar simpatizantes. Tomás, que se multiplicaba en reuniones, planes y actividades, optó por la formación acelerada de un grupo de futuros “cuadros”. La conducción de la Resistencia de la comuna recaería, más temprano que lo que podíamos suponer, sobre nuestros propios hombros. Tomás influyó profundamente en los que lo conocimos, tanto por el orden de su razonamiento como por su forma de actuar. Tranquilidad, discreción, puntualidad, constancia, apertura, rigor y una paciencia que era superior a todas las nuestras juntas. Pero se había quedado solo: apenas unos meses después de tomar contacto con nosotros, su compañero, que había comenzado con él el trabajo de organización, fue abatido en uno de esos presuntos “enfrentamientos” que la dictadura montaba con precisión teatral. Augusto (Raúl?, Alfredo?) Malbrán dió su nombre a la base que constituiría el futuro comité local del partido. A fines de ese largo año, las bases de una pequeña máquina de guerra se extienden subterráneas en el territorio de Pudahuel.

Ese mismo año, o poco antes de la toma de posesión de la Moneda por el dictador (marzo del 81) hablé por primera vez con Luis. Pertenecía a un grupo de jóvenes del “colectivo democrático” que venía también rompiendo con la Iglesia. Ya nos habíamos visto en varios actos y actividades abiertas. Protegido tras su guitarra, discreto hasta la timidez, una chaqueta de pana le daba un estilo inhabitual de universitario distraído. Recuerdo cuánto nos reímos cuando nos hizo escuchar la matriz de una cassette que había grabado con canciones de Inti-Illimani adjuntándole un discurso contra la dictadura. No por la iniciativa (hizo unas cincuenta copias que luego repartió él solo, al filo del toque de queda, en la población Violeta Parra, creo, cada tres o cuatro casas, dejándolas delante

de las puertas con un papel invitando a los vecinos a hacerlas circular entre ellos) sino porque era evidente que se trataba de su voz. Le recomendamos entre risas –el también se reía– que dejara un tiempo su casa. A posteriori, la iniciativa de Luis, aunque limitada, me parece no sólo original. En ella se perfilaba lo que debería ser una de sus preocupaciones constantes: acercar belleza y justicia, asociar el arte y la política, o, de manera general, fundir en un solo gesto la cultura y el combate popular. Quizás también en eso Luis se salía de los modelos y avanzaba, inseguro, por caminos que le eran propios.

Fuente : Web Lucho Diaz



Archivo Chile
Historia Político Social - Movimiento Popular



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

